

EL MUSEO DESLUMBRANTE — III

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

Durante varios días esquivé la idea de llegar hasta el Partenón. Imagino que la mayoría de las personas que van a Atenas visitan en primer lugar el famosísimo monumento. Y creo que esto es inevitable: no solamente por lo que se pueda saber de la edificación, sino porque la Acrópolis domina todo el panorama ateniense con muy alto poder y el templo de Atenea lo corona con una sublime majestad inimaginable. Me pareció que era mucho mejor esperar y ofrecer la oportunidad plena de que la atmósfera penetrara en la sangre y en los infiernos subconscientes antes de subir a la colina. Pero a esta Colina es necesario ponerle la mayúscula porque en Atenas hay varias colinas muy bellas, como por ejemplo Licabeto, con la iglesia de San Jorge en el tope, esbelta y elevada, atrayendo los ojos desde todas las esquinas de la ciudad.

En la Comisión Helénica de la Unesco, a la cual estoy consignado por ser esta entidad la que ha pagado y ha organizado mi viaje, me hicieron la pregunta inevitable sobre la inevitable visita, y contesté que sí, que claro, que ya había estado, mintiendo descaradamente. Sentí un verdadero escalofrío y un miedo aterrador, de que me fuera a ofrecer la compañía de un filólogo o de un arqueólogo para hacer mi primera visita.

He leído bastante sobre la Acrópolis y compré casi todo lo que me ofrecieron para hacer un viaje erudito; existen guías especiales, reconstrucciones, álbumes de fotografías y minuciosos estudios hasta en español, que parece ser una lengua que desconoce el turismo, por lo menos en Europa. Tengo ideas muy claras sobre lo que está al norte y al oriente, sobre lo que encierra el museo, y he aprendido también que los arquitectos y constructores del Partenón fueron Iktynos y Kalícrates. Se el número de las columnas, la altura y hasta el peso del mármol pentélico de que están hechas, y también he leído que lord Elgin fue un ladrón insigne que se alzó con las metopas del templo y con una de las Cariátides del Erectheion. Pero no voy a repetirlo: una guía "blue" contiene hasta los más mínimos detalles sobre la construcción, sobre la historia y sobre el estado actual de los monumentos que se encuentran en la Acrópolis. Son datos que tienen importancia, una importancia relativa desde luego, y que son fundamentales en primera y última instancia solamente para una subespecie intelectual que cofunde la estadística con la cultura. Yo quiero ir solo y

y olvidarme de lo que he leído para acercarme temeroso. Es un día soleado y el cielo tiene un color azul intenso que, me han dicho, hace el contraste perfecto con la piedra. Un taxi me deja en el remolino de buses y de turistas de la entrada, en donde están los vendedores de postales y de *souvenirs* que me asaltan en todos los idiomas. Intento mi defensa tratando de hacerles entender que no soy americano del Norte, pero ellos insisten y agotan el inglés, el francés, el alemán, el sueco, hasta que el último, ofreciéndome un juego de transparencia, dice: "español... español... treinta dracmas... más barato que en el museo". Y ya no existe otra alternativa, lo adquiero.

Tengo al frente la Acrópolis y puedo contemplar el Partenón. Se supone que una visión tan extraordinaria ha de producir un choque profundo en el alma; y se supone que, posiblemente, ese encuentro tenga como resultante inevitable un torrente de palabras excelentes para expresar toda la maravilla. La falta de talento literario me evita esa consecuencia, porque mi cabeza permanece vacía, y no puedo escuchar ninguna voz interior inspirada por el espectáculo que se me ofrece. Recorro a toda clase de artificios para despertar mi torpeza, y lo único que puedo decir, y que me repito sin poder pensar en otra cosa, es que esta visión me ha llenado de sosiego.

Si, eso es: el espectáculo de la Acrópolis con su Partenón derruido produce un sentimiento de paz. Es como si de un momento a otro nuestros ojos adquirieran una plenitud natural al descubrir algo que no sobrepasa nuestro valor, nuestra esencia. La construcción fue hecha evidentemente para el hombre, aun cuando el hombre hubiera pensado en los dioses cuando la edificó. Es inmensa, majestuosa, pero no es abrumadora: se acomoda a nuestras posibilidades, a *mis* posibilidades, a nuestro anhelo nostálgico, a la vibración interior capaz de experimentar oleadas infinitas. Y se puede aprender también, al contemplar este mudo testimonio, que el hombre una vez —y es muy posible que lo haya hecho varias veces— salió del estado salvaje.

En un arranque retórico podría ciertamente afirmar que el Partenón nos arrebató del mundo. Y en verdad, porque pertenece a una vida distinta cuya fuente hemos perdido; cuya voluntad superior, de una pureza edénica, debe vagar por las regiones más altas del aire, sin atreverse a regresar a esta tierra hecha de conflictos, de parcialidades, y de tantos crímenes como puede cometer la avaricia. Quizás es por esto por lo que las ruinas formidables están mudas, como una lira sagrada que ya ninguna mano divina se atreve a pulsar, afirmando sin embargo, que sobre el planeta hubo cierto comienzo, hubo una comprensión de las realidades del hombre que, ahora, desde este siglo desgarrado, solo podemos vislumbrar con misteriosa simpatía e insaciada curiosidad.

Alzo los ojos para mirar el cielo levemente violeta, y contemplo en todo su poderío al sol entre dos columnas y ¿cómo? ¿cómo no pensar que es un dios, y que nuestro estado primitivo fue simplemente el de hijos del sol? La sombra del edificio declina sobre mi imaginación y se mece sobre la propia superficie del espíritu; empiezo a experimentar un estado de sensibilidad fuera de los sentidos, un encantamiento hipnótico que me hace pensar en los sacerdotes que ascendían las escalinatas, en los ani-

males sacrificados, en las aguas proféticas. Las líneas del templo tienen ahora un lenguaje para mí, una frase rítmica, un sonido iridiscente que no puedo comprender, pero que repercute en mi silencio interior como sobre un espejo.

Al entrar al recinto no soy capaz de retener el deseo de pedir a una venerable turista alemana que me tome una fotografía contra las columnas, y ella lo hace con bondadosa presteza. Después de ese estado de encantamiento que he sufrido, después de esa fugaz huída del tiempo, tengo la horrible sensación de que nadie va a creer que he estado aquí, exactamente sobre el lugar en donde se alzaba la estatua elefantina que Fidias hizo en honor de la diosa tutelar. Por eso necesito el documento gráfico irrefutable que pueda ser la última defensa de mis afirmaciones. Y con mi fotografía repetida en la cámara, me dirijo al Erectheion para completar la visita.

El Erectheion era el templo dedicado a Poseidon. Se dice que hubo rivalidad entre Atenea y Poseidon por el dominio protector de Atenas; el barbado dios del tridente le ofreció a la ciudad el poder marino, y la guerrera diosa de la sabiduría le dio el olivo, fruto que los dioses reconocieron como más admirable y benéfico. Atenea fue aceptada como la patrona de la ciudad, pero los griegos que mucho se curaban de la enemistad entre los dioses, se apresuraron a ofrecer al dios ofendido este templo, que está situado frente al Partenón en la parte norte de la Acrópolis. Las famosas esculturas de las Cariátides están ahí todavía, sosteniendo una de las fachadas, mas el edificio resulta grandemente disminuído por el Partenón, y no me puedo convencer del todo, que el dios de los mares hubiera quedado plenamente satisfecho con el grandioso homenaje. Meditando en la cólera de Poseidon y en sus innúmeros y tremendos artificios me paseo, sudo un poco y doy una vuelta por el museo y por las ruinas del templo de la Victoria Desalada. Vuelvo a los propileos para mirar nuevamente el gran templo desde la entrada.

Desde aquí se puede mirar la historia con perspectivas inmensas: de un lado están los hititas y el Sumer, Caldea, los Imperios Babilónicos, Egipto, Micenas y Cnosós; están las culturas de la India y de las inmensas planicies asiáticas, con sus milenios acumulados y las grandes sedimentaciones que nos ofrecen las ruinas de edificios soberbios, y una interminable marea de vasos, de estatuas y de frescos, de mastabas, de templos, de sellos y de esculturas colosales; podemos navegar en las aguas del tiempo y alcanzar el Paleolítico y las épocas glaciales, miles de años anteriores a los artistas de Altamira, y el aliento nos faltará para franquear las épocas asombrosas, para descifrar y reconocer supervivencias tan lejanas. Hasta aquí llega el rumor omnipotente, como un mar, hecho de mitologías y de historias sangrientas; una marea púrpura que ha salpicado muchas veces la Montaña pero que siempre regresó más pesada, más poderosa, más honda, para regar muy distantes orillas. Del otro lado están las ranas chapoteando como en redor de una charca, están las águilas del Imperio y el Cristianismo, Bizancio, los Cruzados, la pintura translúcida y las flechas palpitantes, la cúpula de Miguel Angel, las grandes controversias, las navegaciones, las guerras y toda la estelar locura de los últimos siglos; los hongos atómicos y el vacío como una tela virginal esperando la

defloración de las esferas. Todo como un enorme viaje de aguas que aquí impulsaron su fuerza indomable. No se puede menos que recordar el río de Heráclito, y pensar que nosotros somos apenas un arco tenso sobre las aguas de ese río, y que todo nuestro amor y todo el misterio que pueden encerrar estos ojos, no es sino una vibración transitoria que se marcha con el mismo río.

He de volver a este lugar muchas veces durante mi permanencia en Atenas, para experimentar el mismo sentimiento de paz y de tranquilidad que inspira su vista; para convencerme de que en la exploración de este arte nadie podría enloquecer, pero nadie tampoco podría sufrir místicos arrebatos; está justamente, en medio de las cosas, entre el cielo y la tierra, como una barrera que detiene las fuerzas que superan al hombre y manteniendo el pie de los dioses sobre la columna.

Tengo que confesar aquí que, como cualquier peregrino piadoso, el primer acto del día se lo dedico al Partenón. Sucede que desde una de las ventanas de mi departamento en el hotel se puede divisar, y cuando despierto, lo primero que me viene a la memoria es ese hecho, que yo confirmo corriendo las persianas y dejando entrar el gran sol. Todavía somnoliento y pesado por los vinos ásperos de Arcadia o de Samos de la noche anterior, lo contemplo suspendido sobre la atmósfera resplandeciente.

Por las noches se ve el Partenón proyectado especialmente para los turistas, por medio de un atroz juego de luces que lo divide y levanta en el aire como cualquier alucinación cinematográfica. Para esto hay romerías especiales a horas especiales. Las agencias de turismo conducen a sus víctimas hasta el pequeño monte Filopappus que está situado frente a la Acrópolis, para contemplar la vida espectral de las ruinas en la alucinación de los reflejos girantes. Pero esto no alcanza a borrar la presencia cerrada que deja en lo profundo de la mente, como un gran escudo alzado sobre el pecho de la tierra, como el último límite de un mundo que se borra entre el pesado sueño.